

Educación para la libertad
El proyecto pedagógico del Padre Roberto Polain Cartier en Chile
Informe Seminario de Título

Estudiante

José Manuel Vega

Profesor Guía

Luis Osandón Millavil

28 de Octubre de 2020

Pedagogía en Enseñanza Media en Asignaturas Científico-Humanistas
Departamento de Estudios Pedagógicos
Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad de Chile

1. *AMA. Si no puedes amar mucho, no enseñes a niños.*
2. *SIMPLIFICA. Saber es simplificar sin quitar esencia.*
3. *INSISTE. Repite como la naturaleza repite las especies hasta alcanzar la perfección.*
4. *ENSEÑA con intención de hermosura, porque la hermosura es madre.*
5. *MAESTRO, se fervoroso. Para encender lámparas basta llevar fuego en el corazón.*
6. *VIVIFICA tu clase. Cada lección ha de ser viva como un ser.*
7. *ACUERDATE de que tu oficio no es mercancía sino oficio divino.*
8. *ACUERDATE. Para dar hay que tener mucho.*
9. *ANTES de dictar tu lección cotidiana mira a tu corazón y ve si está puro.*
10. *PIENSA en que Dios se ha puesto a crear el mundo de mañana.*

Gabriela Mistral

Resumen

El Padre Roberto Polain Cartier fue un sacerdote católico y educador belga que dedicó su vida y vocación a la formación de jóvenes íntegros en valores y plenos de derechos. Habiendo realizado sus primeras experiencias educativas en Europa, y habiéndose nutrido del cristianismo, de posicionamientos teóricos de la Escuela Activa y del Movimiento *Scout*, se traslada a Chile, país en que fundará el Colegio Notre Dame, espacio donde pule y pone en práctica su planteamiento teórico.

En el presente trabajo, identificaremos y analizaremos los principales pilares de su proyecto educativo, basado en la libertad y la confianza entregada al educando, con el objetivo de que el sujeto pueda despertar intelectual y espiritualmente, desplegando su máxima potencialidad y descubriendo el lugar que le corresponde dentro de la sociedad humana, comprendida como una gran familia universal.

Palabras clave

Padre Roberto Polain – Escuela Activa - Cristianismo - Movimiento Scout - Valores

Índice

Palabras de introducción.....	4
Gabriela Mistral y la educación.....	5
Tercera introducción.....	7
1 - Roberto Polain, aventurero de un siglo convulso.....	9
2. Vertientes de una filosofía personal y educativa.....	11
2.1 Visión cristiana del hombre y la educación.....	11
2.2 Scoutismo.....	14
2.3 La educación y la Escuela Activa.....	16
3. Educar para la libertad: tratamiento del texto.....	22
3.1 “El lugar en el tren de la vida”.....	23
3.2 “Centralidad en el muchacho”.....	25
3.3. “Una comunidad humana”.....	27
3.4 “El factor humano y las metodologías liberadoras”.....	29
3.4.1. El mundo del scoutismo.....	32
Conclusiones.....	35
Bibliografía.....	37

Palabras de introducción

Estudí en el Colegio Notre Dame. Pasé mis catorce años de escolaridad en esa institución educativa. Catorce años que miro retrospectivamente con ternura y alegría. Con gratitud. No son para mí un pesar ni una carga, jamás fue un espacio de restricciones ni ahogo, sino, más bien, todo lo contrario. Y soy consciente de que mi experiencia es la de pocos; cuesta encontrar personas que recuerden su período de escolaridad con una sonrisa en los labios. Percibo a mi alrededor gente despechada con sus liceos y colegios, con sus formas, con sus normas y con todo aquello que transmitía y generaba. Personas que recuerdan ese pasado con rencor, inclusive.

Mi pasar por el colegio fue una trayectoria feliz. Y leí por ahí a un educador que tenía la convicción de que las personas que son felices en la infancia llegan más fácilmente a la felicidad durante otros momentos de sus vidas, que la felicidad les es más cercana y amigable.

Con esa constatación y comparando con otras personas, no me cabía más que cuestionarme qué es lo que había generado tales sentimientos, emociones, comprensiones, sobre mi colegio. Qué había en su proyecto que lo hacía tan especial. Y en este último tiempo, ad portas del inicio de mi trayectoria profesional como maestro de lengua y literatura, con mayor ahínco me preguntaba, cuáles eran las fórmulas que las diferenciaban de otras experiencias menos exitosas, o, por lo menos, menos condescendientes con los saberes, sentires y quehaceres de sus estudiantes y egresados. Ahora, ya con cierto bagaje de lecturas y aprendizajes, las incógnitas se vuelven más específicas, ya no tanto desde la intuición primigenia. Cuál metodología efectiva, cuál cuerpo docente, cuál relación pedagógica y cuál orientación del conocimiento.

Sabía yo que el Padre Roberto Polain, fundador del Colegio Notre Dame, había escrito un libro, e incluso recuerdo haber leído algunos pasajes varios años hace, pero nunca lo había revisado con detenimiento. Y grande fue mi sorpresa al encontrar en sus páginas, en una primera lectura veloz, que muchos de los postulados escuchados durante mis cátedras universitarias estaban ya contenidas en el librito de poco más de cien páginas. Relación pedagógica, intereses compartidos, interacción y comunicación.

Debía, entonces, trabajarlo intensivamente, más que como un libro de educación escolar, como un tratado integral sobre la vida y la formación del ser humano, complejo, integral y completo. Y aquí tienen estas páginas, desentrañando misterios de las relaciones interpersonales y el factor humano.

Estoy convencido de que, lo que un día viví y sentí, más o menos inconscientemente, ahora lo descubro como una forma de comprender la vida y el ser humano especial, fundamental y trascendente; que efectivamente busca que cada persona pueda ser feliz, a su manera, comprometida con el resto del mundo, y, muy especialmente, comprometida consigo misma y con ansias y voluntad de tener una vida plena, bella, alegre, y llena de aventuras y emociones.

Gabriela Mistral y la educación¹

Gabriela Mistral fue una gran poetiza, qué duda cabe. Pero ella tenía otra gran veta, igual de rica y productiva que sus poesías y prosas. Una veta menos conocida popularmente, por su tendencia a escribir a retazos, diseminadamente, en revistas o cuadernos sueltos, pero recientemente redescubierta y explorada. Nos referimos al campo del pensamiento pedagógico, del ejercicio intelectual entorno a su profesión de maestra rural y urbana. Una profesión que ejerció desde muy pequeña, sin título siquiera que la acreditara, pero que la llenó de ternura y conmovió su corazón, motivando su escritura, desde su adolescencia hasta su último día.

Pero ¿por qué hacemos referencia a ella ahora, en este trabajo y en esta introducción?

Porque leerla es encontrar una guía para cruzar el desierto, como calificarán Warnken y Zegers la lectura de su prosa educacional, en tiempos donde la educación pareciera que se nos presenta como un árido camino, obstaculizado por estructuras escolares añejas y anquilosadas, con metodologías y conocimientos propios de otros siglos. Gabriela Mistral era una intelectual rebelde y creativa que desarrollaba la reflexión constantemente, y que no tenía problemas en señalar una educación distinta, alternativa al modelo formativo imperante. Su visión de la educación comprende dicha labor como un trabajo humano, en el sentido más humanista de la palabra, de sujetos de carne y hueso, con espíritu y sentimientos. Creemos, justamente, que ese acervo cultural profundamente humanista la emparenta con el sacerdote belga que visitaremos y conoceremos en este trabajo, aunque nunca se hayan visto, ni compartido correspondencia. Ambos eran poseedores de un espesor intelectual que los volviera autoridades en el plano de las ideas, y ambos tuvieron gran repercusión en el plano educativo, en sus respectivos espacios, guardando las proporciones y las distancias.

La poetiza alberga una mirada estética, ética y espiritual de la educación.

Será estética la labor formativa porque trata de lo bello. El maestro debe provocar al alumno, incentivarlo y provocar su curiosidad, para que este explore sus máximas posibilidades y desde la creatividad e imaginación encuentre las respuestas necesarias. Por otro lado, el mismo encuentro humano entre dos personas será hermoso, siempre que sea con entrega total, actitud y gesto. Maestro y aprendiz deberán actuar con libertad e ingenio; el primero para entregar la palabra adecuada, transmitir el amor por la enseñanza y la pasión del descubrimiento; el segundo para corresponder la generosa y humana entrega del primero, para definir y descubrir su identidad propia, y sacar el máximo provecho de sus capacidades infinitas.

Será ética la labor formativa, porque implica para el profesor el contacto y formación interior de otro ser humano. Por ello, escribirá que, sin lectura ni cultivo propio, el maestro queda vacío prontamente, y no se corresponde con la altura de su profesión. Hacerse cargo del acompañamiento de un grupo de alumnos requiere responsabilidad, ya que su persona entera es una narración, un ser, un estar y una presencia, transmitiendo valores y espíritu. Un docente será más que un trabajador normal; se pierde quien se dedica a la docencia sin amar profundamente, sin entregarse por completo, pues en sus manos está el presente de un niño, la formación de un adolescente.

¹ Para la elaboración de los siguientes párrafos nos remitimos a la lectura de, principalmente, dos libros que reúnen textos sueltos de Gabriela Mistral. El primero de ellos es Lucila Gabriela: La voz de la maestra, de los editores María Isabel Orellana y Pedro Pablo Zegers, y Pasión de enseñar, edición general a cargo de Cristián Warnken y Ernesto Pfeiffer.

Y será espiritual la labor formativa, será de una hondura increíble. Gabriela era una persona profundamente espiritual, de una búsqueda mística incesante. Creyente, por la fuerza interior que le da la fe religiosa. Ella afirmará vehementemente la necesidad de una profesión que, desde la espiritualidad, entregue espacio a los educandos para que cultiven su fuero interno, para crecer en su interior, intelectualmente y en el alma. El alma y el espíritu son los pilares desde los que se levanta una persona y despliega su fortaleza. Espíritu, alma y vida.

Debemos, los maestros, tener siempre presente esta tríada de Gabriela. Una educación estética, ética y espiritual no sólo es posible, sino que es necesaria, y es posible porque es necesaria.

Para generar cambios reales en la profesión del maestro, no debemos hacer siempre lo mismo. Y así como Gabriela lo hizo hace ya un siglo, debemos seguir bogando por una pedagogía humanista y humana, en el más hondo sentido de la palabra.

Mistral y Polain, dos lecturas que sin duda acompañarán interiormente al maestro en sus días de disposición y entrega; dos lecturas imperdibles e imperecederas.

Tercera introducción

El Padre Roberto Polain tenía un proyecto pedagógico muy claro y singular.

El presente trabajo es un intento por dilucidar las ideas centrales a partir de las cuales levanta su proyecto. Aquellas ideas incluirán la formación integral de la persona, desde la perspectiva cristiana que alimentaba su vocación sacerdotal, desde la perspectiva formativa del Movimiento Scout fundado por Robert Baden-Powell, pero también desde la absorción de postulados clave de la pedagogía activa, corriente de pensamiento educativo que lo marcó en su formación, tanto en Europa, de la mano de lecturas de contemporáneos y coterráneos, como en Chile, siendo maestro de psicopedagogía del niño y adolescente en la Universidad Católica de Chile.

Comenzaremos nuestro trabajo conociendo al educador detrás de la propuesta pedagógica. El Padre Roberto Polain Cartier fue un sacerdote belga que generó sus primeras prácticas educativas durante la Segunda Guerra Mundial, atendiendo y dando educación a los hijos de militares fallecidos en dicho período, a la par de su labor como Capellán del Ejército de Resistencia Belga. Luego, abandonaría Europa para proyectar en Chile su filosofía pedagógica, en dos colegios del Arzobispado de Santiago y en la universidad.

Aquella trayectoria vital le fue otorgando un gran respaldo de autores y lecturas que fueron alimentando una síntesis pedagógica que tuvo múltiples influencias, que visitaremos, haciendo énfasis en los autores que el mismo Padre revela en su libro, sus entrevistas y sus conversaciones. Dentro de ellos encontramos a Piaget, Dewey, Rogers, la experiencia de Sutherland Neill con Summerhill, y muy fuertemente el método formativo scout de Robert Baden-Powell.

Pero, además, para llevar a buen puerto nuestro propósito, inevitable será introducir el marco filosófico trascendental a partir del cual se proyecta la propuesta educativa y pedagógica del sacerdote. Este marco será la aproximación teológica y antropológica al concepto cristiano de hombre como persona humana y criatura a imagen y semejanza de Dios.

Recurriremos a las ideas capitales contenidas en la Constitución pastoral *Gaudium et spes* (1965) sobre la iglesia en el mundo actual, que fue aprobada y promulgada por el Papa Pablo VI tras el concilio Vaticano II, versando sobre la actividad de la Iglesia en la instauración del Reino de Dios en la tierra y la sociedad humana, ilustrando los puntos principales de la antropología cristiana y analizando ampliamente la “natural sociabilidad humana”.

Luego de esta revisión de presupuestos fundamentales desde los cuales se alimenta, se realizará una lectura pormenorizada de los elementos que plantea el autor en su testamento pedagógico “Educar para la libertad” (1977), para delinearlos y explicar el espacio que da a cada uno de ellos en el largo proceso educativo del sujeto, actor central de la preocupación del autor. Será importante recalcar que el libro *Educar para la libertad* es escrito tras 25 años de experiencia concreta y aplicación en el Colegio Notre Dame, fundado por el mismo sacerdote belga, al alero del Arzobispado de Santiago, en 1952.

En el análisis de su testamento pedagógico, distinguiremos y trabajaremos cuatro apartados. El primero de ellos se referirá a los postulados del autor en torno a la finalidad del proceso educativo en sí. Titularemos este apartado como “El lugar en el tren de la vida”, metáfora utilizada por el autor para sintetizar la necesidad de alimentar el despertar intelectual y espiritual del educando para desenvolverse en una sociedad que posee rasgos característicos y una cultura particular. El segundo apartado buscará

posicionar al sujeto educando como centro del proceso educativo, recorriendo aquellos postulados que permiten sostener que su proyecto educativo entrega al niño y al joven la completa calidad de persona, otorgando la posibilidad y el deber de ser responsable de su propia educación, a partir de la entrega de la confianza y la libertad adecuada para conseguir dichos fines. En el tercer apartado, nuestra atención girará en torno a la constitución de la comunidad pedagógica propuesta por el autor, quien pondera a las familias, los profesores, auxiliares y el equipo educativo, como una comunidad humana que entrega al educando la posibilidad de desarrollarse en plenitud, en un ambiente de libertad, confianza y responsabilidad acorde a cada una de sus etapas de desarrollo. Acá también cumplirá un rol importante la arquitectura y características físicas de la escuela, las cuales aportarán a la conformación de un espíritu particular en el que se envuelva al complejo proceso educativo. Finalmente, el cuarto apartado explorará la metodología mediante la cual se llevan a cabo los procesos de aprendizaje e interacción pedagógica, y las potencialidades que se encuentran en diversas metodologías, al aplicar las máximas pedagógicas que desarrollamos en capítulos previos. Aquí, dadas las características del método educativo, generaremos una pequeña subdivisión que ahonde en el método scout como fórmula educativa especialmente enfatizada por el sacerdote belga.

Finalmente, cerraremos con algunas conclusiones y reflexiones surgidas a lo largo del trabajo, para plantear desafíos para el futuro de la educación y nuestra propia práctica pedagógica.

1 - Roberto Polain, aventurero de un siglo convulso

El sacerdote Roberto Polain Cartier nació en la medieval ciudad de Lieja, Bélgica, el 27 de abril de 1915. Es el segundo de tres hijos de un matrimonio cristiano, siendo el padre Maurice Polain, médico radiólogo, y la madre Marie Cartier, mujer dedicada a las labores del hogar.

Durante su adolescencia y primera juventud vivió experiencias que, cogidos, marcaron profundamente su vida, su forma de ser, su cercanía y respeto por la naturaleza, y la vocación que descubriría. Estudió las humanidades en el colegio Saint Servais, dirigido por Jesuitas. Allí conoció y se acercó al scoutismo, destacando en el movimiento como jefe de patrulla y distrito, a cargo de la organización de las reuniones y campamentos. Pero, además, las jornadas dominicales las dedicaba a su deporte favorito, la pesca, siempre en compañía de su padre, conociendo y reconociendo los ríos del interior de su país.

Terminando las humanidades discernió su vocación sacerdotal, mas tuvo que realizar el servicio militar, interrumpiendo su formación. Fue ordenado sacerdote y celebró su primera misa el 13 de julio de 1941, siendo nombrado prontamente como Capellán Federal del Movimiento Scout en Lieja.

Al mismo tiempo, se unió a la resistencia belga durante la Segunda Guerra Mundial, como Capellán del Ejército de Resistencia Belga, socorriendo heridos y ocultando soldados aliados en los momentos más críticos. Y es, en este contexto, que levanta un proyecto humanitario de carácter educativo que será la base y el primer ensayo de lo que más adelante llevará a cabo en tierras americanas: el hogar y escuela Prince Baudouin, en Marchin, pequeño poblado al sur este de Bélgica.

Prince Baudouin comenzó en 1942 como una casa de refugio y acogida para los hijos de militares belgas muertos, desaparecidos o prisioneros. Allí, en conjunto con otros jóvenes y matrimonios voluntarios, se hizo cargo de los cuidados y la educación de niños y preadolescentes durante los años en que se prolongó la guerra. El hogar se basaba en el apadrinamiento de los menores por parte de algunos matrimonios, y en el método scout de organización y convivencia al aire libre, llevado a cabo por el sacerdote, incorporando en el proyecto, con fines educativos, la actividad que desarrollara desde su adolescencia. Posteriormente, luego de finalizada la Segunda Guerra Mundial, Prince Baudouin pasa a manos estatales, convirtiéndose en escuela oficialmente, y el Padre Roberto Polain deja el establecimiento, para continuar su misión evangelizadora en territorios de ultramar.

Acompañando como capellán a un grupo de familias belgas que se disponían a viajar a Sudamérica, zarpó rumbo a Chile en 1948. Luego del mes de navegación, se asentaron en la Patagonia Chilena, en Chile Chico, pero luego de dos años, partiría a Santiago en busca de climas menos hostiles. Consiguió un puesto como profesor de psicopedagogía en la Universidad Católica y tuvo un brevísimo paso por el Instituto de Humanidades Luis Campino, donde fundaría la primera tropa scout del colegio.

Pero fue en 1952, con el fiel respaldo del párroco y la comunidad de la Parroquia La Anunciación, en Ñuñoa, que pudo levantar un proyecto de colegio donde plasmar su ideario vital y educativo. Junto con un grupo de adolescentes hijos de los colonos belgas, escogieron un castillo con fama de estar embrujado, para convertirlo en el Colegio Notre Dame, que comenzaría como internado gratuito.

Y, como si fuera poco, el ímpetu del Padre Roberto Polain lo llevó a fundar, junto al colegio, la Federación de Scouts Católicos de Chile, que oficialmente nace en 1960, en una mancomunidad que juntaría a distintos grupos scout de raigambre eclesial, como el Notre Dame y el Luis Campino.

Así comenzó la aventura educativa del Notre Dame. Aquella fue la génesis, bien, del proyecto formativo que bordea ya los setenta años.

2. Vertientes de una filosofía personal y educativa

Dirá Fidel Oteíza, alumno de Roberto Polain en el Instituto Luis Campino, ayudante suyo en la Universidad Católica, y colega los primeros años del Notre Dame, que el sacerdote tuvo variadas fuentes desde las que nutrió su filosofía y su propuesta pedagógica. “Si bien recibe diversas influencias, hace su propia síntesis” (Biggs, 12), la cual cristaliza en el colegio que comandará desde su fundación, el Notre Dame.

Podemos observar, a partir de lo revisado en páginas anteriores, que Roberto Polain se desenvuelve principalmente en tres esferas distintas de la vida, que se interconectan, generando un entramado que se enriquece con los aportes provenientes de cada una de las dimensiones. El sacerdote, entonces, genera una síntesis fundamental a partir de la tríada que moviliza su vida y quehacer diario: el cristianismo, el scoutismo y la educación.

Como planteamiento, sugerimos que esa síntesis se traduce en una propuesta pedagógica. En ella, la persona humana, Creatura a imagen y semejanza de Dios, en su niñez y juventud debe ser formada en los valores cristianos, y guiada en un proceso personal de aprendizaje, que le otorgue la autonomía necesaria para conocerse y reconocerse como miembro de una comunidad social más amplia, encontrando su lugar en la sociedad, y aportando a la construcción de un mundo más justo y solidario.

Ahora, habiendo propuesto dicha síntesis como base del pensamiento del Padre Roberto Polain, creemos que es necesario, para comprender mejor las implicancias que tiene, acercarnos a las tres vertientes que la alimentaron, previamente a entrar de lleno en el texto que nos dejó como testamento educativo.

2.1 Visión cristiana del hombre y la educación

Entre finales del siglo XIX y mediados del siglo XX, la iglesia Católica fue demostrando un creciente interés por cuestiones directamente relacionadas con el hombre, concernientes a la vida social y cultural del mismo, desde una óptica cristiana y antropológica comprometida. Así, a propósito del Concilio Vaticano II, realizado entre 1962 y 1965, surge la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, para tratar sobre los nuevos desafíos de la Iglesia en el mundo contemporáneo.

Haciendo un recorrido por algunos de sus postulados, que leemos como condensación del desarrollo teológico y antropológico eclesial de varias décadas, encontramos algunas ideas capitales que servirán para comprender mejor el sentido que da Roberto Polain a su propuesta pedagógica.

En el proemio de la Constitución Pastoral se introducen los conceptos de familia humana universal y fraternidad universal, los cuales amplían inmediatamente el campo de visión de la primera parte de la constitución pastoral, que refiere a la dignidad y vocación del hombre. Con estos conceptos, la Iglesia busca introducir la idea de unión con la sociedad humana completa, más allá de los creyentes, dada la verdad de que nos encontramos reunidos en Cristo, y dirigidos por el Espíritu Santo vamos hacia el Reino del Padre.

El mensaje, entonces, es para todos y a través de la Historia. Y en estos tiempos modernos, de transformación social, cultural y religiosa, se requieren nuevos análisis y nuevas síntesis, ya que las relaciones del hombre con sus semejantes se multiplican, mas sin “la contrapartida de una provisional madurez de la persona y de un carácter verdaderamente personal de las relaciones” (Pablo VI, 5), que nos permite comprender de mejor manera nuestro carácter humano y el profundo sentido de la vida, en base al “respeto a su radical dignidad espiritual” (Pablo VI, 15). De allí vendrá, también, “el impulso hacia un ejercicio más maduro y personal de la libertad”, que buscan hoy los pueblos, sobre todo aquellos más tradicionales (Pablo VI, 5).

Luego, ya en la primera parte, a la persona se le otorga la dignidad de hombre, imagen de Dios, y “unitario en su dualidad cuerpo y alma” (Pablo VI, 9). Con ello, se subraya su capacidad de entendimiento, de su corazón e interioridad, más allá de lo corporal y lo fenoménico, sino también de lo intangible. Por tanto, es en este momento que comenzamos a hablar de la moral, que no funciona para el hombre solo, sino que en unión con otros. La Iglesia lo plasmará diciendo que “en la profundidad de su conciencia, el hombre descubre una ley que no se da él a sí mismo, sino una que debe obedecer y cuya voz suena con claridad a los oídos del corazón cuando conviene, invitándole siempre con voz apagada a amar y obrar el bien y evitar el mal” (Pablo VI, 10). Y nuevamente se relaciona con el concepto de libertad, para que el hombre pueda “llegar libremente a la plena y feliz perfección, por la adhesión a él (Creador). Por consiguiente, la libertad del hombre requiere que obre según una libre y consciente elección, movido e inducido personalmente desde dentro y no por impulso ciego o una mera coacción externa” (Pablo VI, 11).

La persona humana tendrá por primer y más importante mandamiento el de amar a Dios y al prójimo, pues “Dios creó al hombre no para la vida individual, sino para la unidad social” (Pablo VI, 20). En comprensión de aquello es que la iglesia sugiere al hombre que, yendo más allá de su singularidad, “el principio, el sujeto y el fin de toda institución social es, y debe ser, la persona humana” (Pablo VI, 16). Y, en buena medida, de allí provienen los mandatos procreadores y educativos de la familia y el matrimonio, a su vez, de carácter sagrados.

Todo lo anteriormente referido busca, luego, en la segunda parte, profundizar en el cultivo de los valores y los bienes naturales que permitirán al hombre alcanzar su verdadera y plena humanidad. Ello será logrado en la fraternidad universal, en medio de la comunidad y el desarrollo social del hombre.

La Iglesia comprende el doble origen del conocimiento, fe y razón, y que el gran mandamiento de Cristo de entregarse en servicio a sus hermanos corre también en el dedicarse al conocimiento y el aprendizaje, pues “cuando el hombre se entrega a estudios variados de filosofía, de historia, de ciencias matemáticas y natural, o se ocupa en el arte, puede contribuir mucho a que la familia humana se eleve a los conceptos sublimes de verdad, bondad, belleza y a juicios de valor universal” (39).

Vuelve, entonces, la Iglesia a hablar de la universalidad, la unidad y la totalidad, ya no solamente referido a la persona misma, sino que a aquello que lo rodea, sea materialidad, sea conocimiento: “¿En qué modo una dispersión tan rápida y progresiva de las disciplinas particulares se

puede armonizar con la necesidad de construir su síntesis y de conservar entre los hombres la capacidad de contemplar y de admirar, que son las que llevan a la sabiduría?” (38).

Labor indispensable para el cristiano en tiempos modernos será el aporte a la cultura, individual y comunitaria, tanto espiritual como material, aportando a que cada persona tenga acceso al cultivo, a la educación, a las distintas esferas culturales, “no sea que un gran número de hombres, por su falta de saber o carencia de iniciativa personal, queden incapacitados de aportar un concurso auténticamente humano a las tareas del bien común” (Pablo VI, 41). Y así, “...puedan ocupar funciones y jugar en la sociedad el papel que corresponda a un apetito natural y a la competencia que hayan adquirido” (41).

Teleológicamente, la educación será el vehículo para llegar a la persona humana integral. La base para todo proceso educativo profundo será el amor; para descubrir el sentido de las cosas.

Así, entonces, la educación de la persona humana en todos sus aspectos será fundamental para el sentido trascendente y profundo de cada una de ellas. La Iglesia comprende y llama a sus fieles a colaborar con el cultivo de la familia humana universal. Convoca a que teólogos, artistas, músicos, filósofos y todas las profesiones y oficios que creen y trabajen por comprender mejor la fe y el género humano, se unan con y para la gente, pues “de este modo se manifiesta mejor el conocimiento de Dios, y la predicación evangélica se hace más diáfana en el entendimiento humano, y se presencia más natural a su modo de vivir” (43).

De esta manera es que la Iglesia, junto con comprender el significado y la constitución esencial del hombre, llama a los cristianos a comprometerse con la sociedad en su universalidad, y será en ello fundamental el rol de la cultura y la educación en todos sus sentidos.

2.2 Scoutismo.

Además del cristianismo y su vocación sacerdotal, otra vertiente que inspira de manera asaz importante en la propuesta pedagógica general de Roberto Polain, es la relación que siempre mantuvo con el scoutismo, tanto en su adolescencia, como juventud y adultez. De hecho, a decir verdad, el movimiento scout desde el momento de su origen, de la mano de Baden-Powell, estuvo muy ligado a la educación y al cristianismo.

Sus inicios se remontan a 1896, durante la Segunda Guerra Matabela, en Rodesia, donde el militar británico Robert Stephenson Smyth Baden-Powell, defendiendo los territorios ultramarinos de la corona, estrecha relaciones con el militar estadounidense Frederick Russell Durnham, quien le expone las costumbres de los vaqueros e indígenas de su tierra y el conocimiento de sus bosques. A partir de ese momento, Baden-Powell comienza a bosquejar un programa de formación para jóvenes y un manual, que pone en práctica por primera vez en las Guerras de los Bóeres en Sudáfrica, entre 1899 y 1902. Allí sus jóvenes destacan en labores estratégicas, como centinelas, rastreadores, mensajeros, y el sistema formativo cobra reconocimiento. Posteriormente, recibiendo algunas aportaciones pedagógicas de Ernest Thompson Seton, realiza el 1 de agosto de 1907, un primer campamento experimental en la isla de Brownsea, Dorset, Inglaterra. A partir de allí organiza un sistema de

patrullas, base del scoutismo, comenzando a redactar las seis entregas quincenales que darían a la luz, en 1908, su libro 'Scouting for boys', traducido como 'Escultismo para Muchachos'.

Desde el mismo subtítulo del libro, 'un manual de instrucción en buena ciudadanía haciendo vida de campaña', el autor presentará sus intenciones con el método educativo. E incluso podemos leer más entre líneas, si comprendemos que en aquellos tiempos la fe y el cristianismo eran un sine qua non de la ciudadanía bien llevada. Aquello lo observamos en la promesa y las leyes que guían el scoutismo, sus máximas, una especie de código de honor, asimilándose a la caballería andante medieval, a las que se adhiere voluntariamente conforme avanzan los años inserto en el movimiento. Pero, además, el movimiento desarrollará la práctica con una particular metodología, de autonomía y trabajo en equipo, buscando, por lo demás, impregnar de mística y espíritu los procesos de aprendizaje del niño y el joven.

La promesa reza: Por mi honor, y con la Gracia de Dios, prometo servir a Dios, a la Iglesia y a la patria. Ayudar al prójimo en toda circunstancia, y cumplir la ley scout. (Baden-Powell, 2).

Y las leyes scout son:

- 1 El scout es digno de confianza.
- 2 El scout es leal.
- 3 El scout es útil y ayuda a los demás.
- 4 El scout es un amigo para todos y un hermano para todos los demás scouts.
- 5 El scout es cortés.
- 6 El scout es amigo de los animales y respeta la naturaleza.
- 7 El scout es obediente.
- 8 El scout sonríe ante todas las dificultades.
- 9 El scout es trabajador.
- 10 El scout es limpio en pensamiento, palabra y obra.

El método del scoutismo está diseñado, en primer término, para que cada sujeto logre desarrollar una serie de habilidades de forma autónoma, dependiendo de las mismas destrezas que va trabajando, individualmente, pero también de forma colectiva. Las actividades buscan preparar al sujeto para la vida a posteriori, ya que "no es solamente para tener aventuras" (Baden-Powell, 8), sino también para ser útiles al país y sus semejantes, dirá el autor, enarbolando las banderas de la civilidad y el ciudadanía. La meta será educar hombres mejores, confiables, alegres y tenaces.

Parte fundamental, basal, del método, es el acampe y desenvolvimiento en la naturaleza; y lo es en una doble dimensión. Primeramente, permite la contemplación de la Creación de Dios en primera persona y muy de cerca, según explicita el mismo Baden-Powell. Y en segundo lugar, es el escenario ideal para desenvolverse y desarrollar habilidades propias de la exploración y de otras habilidades que son útiles al hombre. "Acampar es lo más regocijante en la vida de un scout. Viviendo al aire libre en medio de la naturaleza que Dios nos ha dado, en los cerros y entre los árboles, los pájaros, las bestias, el mar y los ríos" (Baden-Powell, 15).

El otro punto esencial del método es la organización en tropas y patrullas, las cuales están lideradas por un jefe de tropa que guía espiritualmente al grupo y un jefe de patrulla para cada una de

ellas. Se da el espacio para que elaboren juntos actividades y vida de comunidad, teniendo al jefe como un igual que pueda dirigir y tomar determinadas decisiones. Las patrullas, grupos - hasta cierto punto - autosuficientes en su interior, son espacios que generan autonomía, autodeterminación y disciplina, para que el sujeto a posteriori tenga las herramientas para valerse en las adversidades. Por lo demás, cuenta con espacios formativos que, además de generar mística, resultan valiosas herramientas de introspección o autoreconocimiento, como las 'cortes de honor', en las que se realizan autoevaluaciones de desempeño y toma de decisiones (Baden- Powell, 20 y ss.).

La educación en valores, con programas progresivos, permite el desarrollo interior del niño y el joven, afirmando la importancia de la honradez, la lealtad, la responsabilidad, la humildad, la fortaleza, la hidalguía, y, muy por sobre todo, la hermandad entre personas, cercanas o desconocidas.

Toda esta metodología la aumentó Roberto Polain, enriqueciéndola con aportes de nuevos pedagogos y con una visión psicopedagógica del estudiante, en la que crece por etapas, otorgándole herramientas según el período de crecimiento.

2.3 La educación y la Escuela Activa

Podríamos decir, sin miedo a equivocarnos, que tanto cristianismo como scoutismo impactaron en la forma en que Roberto Polain se posicionó frente al mundo, y lo llevaron, de una u otra manera, por los caminos de la educación y la formación de personas.

Pero no son únicamente estas dos influencias las que marcaron la relación del sacerdote con la educación, sino que otros pedagogos y psicólogos aportaron con sus postulados y experiencias a la síntesis fundamental que aplicara. No podemos olvidar que Roberto Polain creció y se formó en Bélgica, Europa, en la primera mitad del siglo XX, período histórico en el que se desarrollaron amplias teorías y experiencias pedagógicas categorizadas como Escuela Activa o Escuela Nueva. Y si bien no tenemos pruebas de que hubiese contacto personal con los autores, sí referencias, entrevistas, y cierta familiaridad en las ideas, nos sugieren que su lectura fue incorporada en su acción pedagógica.

La Escuela Activa, comprendemos, es una categoría surgida durante la primera mitad del Siglo XX, que pretendía canalizar y dar espacio a las aportaciones teóricas y nuevas experiencias educacionales y pedagógicas que distintos profesores, psicólogos y educadores generaban durante esas décadas, con el punto en común de ubicar al educando en el centro del proceso de aprendizaje, incorporando en el proceso las características del sujeto, su historia y sus intereses (Trilla; 2001, 98-99). En oposición a la escuela tradicional de los siglos anteriores, el sujeto estudiante era el centro de la actividad pedagógica, ya que se valoraba su propia realidad, desarrollando y entregando sus propios conocimientos e intereses en la escuela. Algunos de los autores y pedagogos de la Escuela Nueva que aportaron con sus planteamientos a esta nueva corriente educativa fueron Jean Piaget, John Dewey, Sutherland Neill y Maurice Debesse, entre otros.

Sin ánimos de excluir, ya que fueron decenas de pedagogos quienes se atrevieron por una nueva pedagogía, nombramos a estos cuatro autores pues tenemos certezas de que, de una u otra manera, influyeron al sacerdote belga en su síntesis pedagógica². Junto con ello, el criterio de elección pasó por

² Sabemos que influyeron en él por dos razones: Pues las nombra directamente en su libro, o porque se hacen menciones en entrevistas suyas o entrevistas realizadas a educadores chilenos que lo conocieron y trabajaron con él. Estas entrevistas

distinguir aquellos autores que fueran más influyentes y originales dentro de esta gran y variopinta generación de la Escuela Activa. Los visitaremos entonces, brevemente, para conocer mejor sus postulados y los aportes que repercutieron en el autor de “Educar para la libertad”.

El primer de ellos, el psicólogo suizo Jean Piaget, fue un teórico influyente dentro del campo de la educación y la psicopedagogía. Su teoría de la ‘psicología genética’ sirvió para sostener una práctica docente que tuviera en cuenta las características del desarrollo cognitivo y social del alumno.

Jean Piaget dirá que la permanente actividad del sujeto sobre su entorno da lugar a una constante reestructuración de sus esquemas de asimilación, que posibilitan una paulatina modificación de las estructuras cognitivas. Esto marca el paso de un estadio de conocimiento a otro, como producto de la actividad constructiva del sujeto en interacción con el medio. Los aportes son enmarcados en la llamada perspectiva constructivista de la enseñanza y el aprendizaje, que toma el conocimiento y el aprendizaje como una construcción activa del sujeto en interacción con un entorno sociocultural dado en un momento y lugar, inserto históricamente, dentro de la realidad (Trilla, 1979-1997).

La teoría de la ‘psicología genética’ consta de dos pilares fundamentales: la descripción de los estadios de desarrollo cognitivo, y la teoría de la equilibración.

La descripción de los estadios de desarrollo cognitivo propone que en cada etapa de crecimiento infantil se presenta una estructura cognitiva distinta, que repercute en la forma en que cada sujeto se acerca intelectualmente a su entorno. Así, en una primera etapa, que corre desde el nacimiento hasta los dos años, el niño presenta una inteligencia práctica que le permite conocer el mundo mediante las acciones que ejerce sobre el mismo, moldeándose con esquemas reflejos que tornarán definitivamente en esquemas de acción. A esto se le denominará etapa sensoriomotriz. La siguiente, etapa de las operaciones concretas, se caracteriza por la capacidad de construir imágenes en la mente del individuo y decodificar signos y símbolos, pudiendo ampliar el mundo de cada uno de los sujetos. Esta etapa tendrá dos momentos, uno preoperatorio, hasta los siete años, en que se va trabajando la capacidad del lenguaje y el uso de juegos simbólicos; y un segundo de consolidación, hasta los doce años, en que las transformaciones operacionales que van sucediendo van siendo comprendidas, es decir, hay una mayor abstracción y capacidad de entendimiento en dicho sentido. Subsecuentemente, la tercera etapa será la de operaciones formales, en que el nivel de abstracción permitirá el uso proposicional y el pensamiento hipotético-deductivo comenzará a utilizarse, terminando de cuajar el carácter multidimensional de la mente que caracteriza al sujeto adulto.

En relación con la teoría de los estadios, sostenemos, Roberto Polain concuerda con sus postulados, profundizando sus estudios y desplegándolos en la base de su proyecto pedagógico. Como buen profesor universitario de psicopedagogía, aplicará en cada etapa de crecimiento un presupuesto acorde al grupo etario al que se está enfrentando.

Finalmente, para completar la revisión de la teoría de Piaget, veremos que la equilibración propone que el paso de un esquema a otro superior, o adaptación a una estructura mental de otro orden, se produce luego de una perturbación cognitiva. Para expresarlo de otra manera, podemos decir que la mente humana en determinado momento está acostumbrada a ciertos saberes (momento de equilibrio), que al ponerse en contacto con nuevos conocimientos o problemas irresueltos (momento de conflicto), fueron realizadas en 2012 por Jorge Biggs, a quien agradezco, en el marco de la realización de su tesis de magister en administración educacional.

sufre desequilibrios o desajustes que son regulados mediante mecanismos compensatorios para volver a un estado normal (momento de nuevo equilibrio). Será, luego de ese proceso, que la mente del sujeto avanzó de un esquema de conocimiento a otro superior, es decir, generó un aprendizaje.

Todas estas ideas, aun expuestas brevemente, nos permiten observar la potencialidad que guardan para su utilización en el campo educativo. Su uso, sabemos, ha sido ampliamente difundido entre psicólogos, pedagogos y psicopedagogos.

El segundo autor que proponemos llegó a oídos del sacerdote belga fue John Dewey. Este pensador estadounidense fue el más prolífico autor de su generación, abarcando a lo largo de setenta años de escritura temáticas filosóficas, educativas, sociales y psicológicas, y llevando a la praxis, paralelamente, su 'credo pedagógico', lo que lo llevó a influir ampliamente en la intelectualidad y el campo educativo de su tiempo. Epistemológicamente, Dewey sostenía que las construcciones humanas eran provisionales, ya que están sujetas a la acción y la adaptación al medio; son, por tanto, instrumentales. Propondrá la experiencia como un concepto fundamental, que resulta del intercambio entre un ser vivo y su medio. Al ser integración de acciones y afecciones no es simplemente subjetiva, y al resultar un esfuerzo por cambiar lo dado, se convierte en proyección, por cambiar lo inmediato. Por tanto, a la vez, será interacción y continuidad (Trilla, 23-27).

A partir de aquel posicionamiento epistemológico, entonces, sintetiza el norteamericano la propuesta de la 'educación progresiva', que propone lo educativo como una constante reorganización o reconstrucción de la experiencia, rescatándola y aumentando sus significados para un futuro experiencial subsecuente, inoculándose en los procesos sociales y asociativos, es decir, en el seno de la comunidad democrática. Dewey se negará a considerar al niño como un candidato a adulto, en preparación, objeto de adiestramiento en pos de un invariable progreso. El educando será sujeto activo dentro de la realidad de su medio. La formulación de la figura del docente es, entonces, en consonancia con sus propuestas progresivas y progresistas, un guía u orientador de los alumnos. John Dewey estima que la praxis educativa implica un manejo inteligente de los asuntos.

“No hay regla rígida con la que se pueda decir si un significado sugerido es el correcto, el que conviene adoptar. La única guía es el propio bueno (o mal) juicio del individuo... el individuo tiene que decidir, qué elegir; y siempre existe un riesgo, de modo que el pensador prudente selecciona con gran cautela, esto es, dependiendo de la confirmación o la negación de acuerdo con los acontecimientos posteriores” (Dewey, 1933, 115).

No existe una gran sistematización metodológica de los aportes más prácticos del estadounidense, ya que, para el autor, la ciencia pedagógica constituye, ante todo, una ayuda que ilustre a los maestros en relación con su actividad singular, y en ningún caso el método general será un conjunto de reglas técnicas y prescritas.

Finalmente, Dewey planteará que tanto educador como educando son sujetos que se interrelacionan entre ellos y con su medio, generando cambios y proyecciones a partir de la acción de ambos.

Es importante recalcar en este punto que Roberto Polain no era un hombre solamente de palabras, sino también – principalmente - de acción. Por ello es que la propuesta teórica y práctica de John Dewey tuvo eco en él, de la misma manera en que la escuela de Summerhill ejerció influencia en su pensamiento.

Dicha experiencia escolar de Summerhill partió en el año 1921 en Dresden, Alemania, de la mano de Alexander Sutherland Neill, y resultó ser una experiencia democrática y progresista que, al no encajar por su currículum innovador y su concepción particular de la educación y la relación pedagógica, basada en el autogobierno, mudó varias veces su locación hasta asentarse definitivamente en Suffolk, Inglaterra, en 1927.

Summerhill fue una escuela que intentó llevar a la práctica la pedagogía antiautoritaria. Neill, entre sus principales lecturas y fuentes inspiradoras, contaba con planteamientos desde el anarquismo, las teorías freudianas marxistas, y aportes de Jean Jacques Rousseau. La síntesis de Alexandre Neill y la pedagogía antiautoritaria versaba sobre la no necesidad de la represión, la ampliación de los espacios de libertad y la defensa de la participación como pilares fundamentales en el proceso de aprendizaje. Esta iniciativa no solamente prosperó, sino que, de hecho, su éxito llevó a la institución a mantenerse con vida hasta nuestros días, y extender su modelo a otras latitudes del globo terráqueo³.

Una de las premisas fundamentales que sostuvo Alexander Neill era la idea de defender la libertad como primera condición para la educación. Dicha condición al mismo tiempo será finalidad, pues la educación debe buscar educar a una persona libre, que demuestre sus potencialidades naturales. Aquellas serán, dice el autor, la bondad y la felicidad, inherentes a todo niño que reciba el amor necesario para desenvolverse espontáneamente: "...cuando Summerhill contaba con numerosos chicos problema, casi todas salieron al mundo en calidad de personas rectas, debido únicamente a que fueron amados, debido únicamente a que la libertad los hizo felices" (Neill, 76). Por ello pondrá en primer orden el aspecto emocional, antes que todo: "Las emociones de un niño tienen infinitamente mayor importancia que su adelanto intelectual" (Neill, 140).

Para el autor, la construcción personal y la adquisición de conocimiento dependen de una vida emocional equilibrada. De ello, entonces, se desprenden varias de las políticas educativas que se desarrollarán en el establecimiento, como la ausencia de órdenes y de adultos autoritarios, limitación de la obediencia, posibilidad de elegir cuándo se quiere aprender, reconocimiento de la sexualidad y libertad de autodeterminarse.

Por último, la propuesta del escocés contemplaba a la institución

“... como una escuela terapéutica destinada a niños normales. Su meta era recurrir a la niñez y la adolescencia con el fin de crear integridad emocional y fuerza personal. Neill consideraba que una vez que tal integridad hubiera sido alcanzada, los niños quedarían automotivados para aprender lo que académicamente requirieran. La llave para otorgar este crecimiento era otorgar al niño la libertad de jugar tanto tiempo como quisiera dentro de una atmósfera de aprobación y amor” (Trilla, 162).

³ Para mayor información de su actualidad y vigencia, los planteamientos en tiempos contemporáneos e historia, visitar el sitio web <http://www.summerhillschool.co.uk/>

Finalmente, como último pedagogo que visitaremos, estará Maurice Debesse, que sumará, al igual que Piaget, Dewey y Neill, visiones importantes para el proyecto pedagógico que cristalizaría en el colegio Notre Dame. Este educador francés es uno de los más aludidos por Roberto Polain directamente, tomando algunas de sus ideas de manera directa y plasmándolas en el libro *Educación para la libertad*. Del francés, Polain tomará, principalmente, ideas relacionadas a la sociología y psicología del individuo en la adolescencia, la crisis de originalidad juvenil, y el planteamiento de distintas etapas – que surgían a partir de lo inherentemente genético - para la educación, en la misma línea de lo que elaborara el psicólogo Jean Piaget, pero más centradamente en el ámbito educativo.

Maurice Debesse parte reconociendo que existen diversas actitudes para conocer al infante: las actitudes genéticas (desde una perspectiva biológica), funcionales (desde una perspectiva cognitiva y motora) y diferenciales (desde el análisis particular de las diferencias psíquicas individuales). Todas ellas se conjugan en el proceso de desarrollo del sujeto, por lo que la educación no debe darle un rol preponderante a las teorías rígidas, sino que atender la riqueza de cada individuo, expresada en el día a día, y muy especialmente gracias a la observación de la creatividad que aflora desde cada uno.

Debesse, a pesar de mirar de forma idealista el proceso educativo, pondrá también el acento en la realidad concreta y cotidiana de la educación. De ello, y tras años de investigaciones, desprende la concepción de etapa como algo esencial para el proceso educativo; esto, ya que en cada fase del desarrollo el alumno encuentra un equilibrio dinámico, o nivel de perfección pasajero, con su propio estilo de vida y madurez inherente. Este nivel varía de la mano del crecimiento del niño, hasta llegar a la madurez adulta, la más permanente; en este esquema, corresponderá al educador la misión de favorecer en cada niño el acceso a la madurez pertinente a cada etapa.

A partir de ello, constataba que cierto psicologismo podía ocultar 'la riqueza de la realidad infantil', desviando la atención de los problemas reales de la educación.

Y uno de esos principales temas concretos con los que se encontraba el educador era lo que denomina 'crisis de la originalidad juvenil'. El desarrollo presenta, según él, distintas crisis, y la adolescente es una de ellas; además, es una de las principales maneras que tiene el sujeto para afirmar su identidad. Será, también, inherente a todo individuo, lo que explicaría la multiplicidad de formas en que esta se presenta.

“Sabemos que frecuentemente, a lo largo de la adolescencia, los jóvenes se comportan de una forma nueva y desconcertante. Ellos buscan diferenciarse y autoafirmarse, se rebelan contra su familia y sus maestros, se encierran en ocasiones en un individualismo salvaje e intransigente.

De pronto, la crisis se desanuda; lo excéntrico deviene normal, lo fantasioso se somete a las disciplinas detestadas y la adolescencia cesa” (Debesse, 1937).

El francés afirma que la adolescencia es el período en que los jóvenes buscan distinguirse, singularizarse y desean la originalidad. Al mismo tiempo se sienten inclinados por la contradicción y la paradoja, lo que les da un carácter por momentos ambivalente. Y luego de numerosos estudios, observación y lectura de ensayos y textos de distinta índole, llega a la distinción de dos fases en la

adolescencia: una que se expresa mediante el anticonformismo agresivo, y otra que se caracterizará por una toma de conciencia de sí mismo. Posteriormente, complementará otorgándole un importante rol a la adolescencia como el momento de descubrimiento de los valores sociales y valores estéticos.

Tal desarrollo sobre las etapas educativas y el momento de la adolescencia impactará de manera importante en la visión pedagógica que tiene Roberto Polain de la educación; así, el sacerdote belga nutre su pedagogía del scoutismo con lecturas y profundizaciones psicopedagógicas sobre los sujetos en formación, quienes van desarrollando diferentes aspectos de su personalidad en cada etapa de crecimiento. Esto, será acompañado por sus guías y sus pares de patrulla en cada año de manada o tropa scout, entregando las vivencias y herramientas necesarias para explorar al máximo cada etapa del crecimiento.

3. Educar para la libertad: tratamiento del texto.

Al adentrarse en el libro mismo del Padre Roberto Polain, publicado en 1977 y reimpresso en múltiples ocasiones, el lector logra darse cuenta de que no es la pluma más prolífica ni el ordenamiento mejor concebido de un texto, y es que ciertas ideas parecieran ir repitiéndose de manera muy similar a lo largo de sus once capítulos, o aparecen también extravíos y reencuentros con la línea conductora de este o aquel capítulo. Mas al recorrer sus páginas se va reconociendo el motivo de las reiteraciones, las digresiones, las anécdotas salpicadas, pues son el fruto de una escritura que será más sistematización de una larga experiencia y menos una teoría surgida en el aire, del mero pensamiento del sacerdote belga; resultará más un momento de síntesis y ejercicio de memoria de 25 años de trayectoria educativa de una institución, que una tesis con argumentos hipotéticos que buscan respaldarla. Educar para la libertad es, en último término, un libro de educación, una declaración de principios, un tratado de acción pedagógica, de psicología y sociología del joven estudiante, un diario de observación enriquecido de experiencia concreta; y es, también, la expresión de una filosofía de vida.

Si nos ponemos a leer minuciosamente el texto, encontraremos ideas fuerza, abstracciones en torno a educación, psicología y sociedad, pero también historias reales y ejemplificaciones concretas de la puesta en práctica de dichas ideas, a lo largo de los primeros 25 años de existencia del Colegio Notre Dame, experiencia cúlmine de la aventura educativa y evangélica de Roberto Polain.

En las próximas páginas haremos una revisión y análisis de aquellos núcleos estructurantes del testamento pedagógico, desarrollando algunas reflexiones e inferencias a la luz de lo ya trabajado. Aquellos núcleos estructurantes son, desde nuestra lectura y perspectiva: i) la finalidad del proceso de enseñanza como parte de una trayectoria vital; ii) una educación centrada en el sujeto educando; iii) la generación de una comunidad educativa que acompañe el proceso de crecimiento; y iv) las metodologías empleadas para llevar a la práctica la singularidad del proyecto.

Cada una de estas ideas fuerza merece un subcapítulo, aunque, claramente, entre ellos se irán imbricando, entrelazando y enriqueciendo, dado que las divisiones propuestas son esquemáticas, para facilitar el análisis, pues, en sí, la visión pedagógica del autor tiene un carácter unitario e integral del proceso formativo de la persona, otorgando una visión de conjunto que esperamos desplegar y entregar al lector en lo subsecuente. Nuestros comentarios y opiniones irán siempre entre líneas y párrafos, acotando y especulando al son de las ideas del Padre Polain que se van presentando.

3.1 “El lugar en el tren de la vida”

*“Hemos vivido los riesgos de una educación para la libertad,
y hemos, a veces, conocido el desánimo. Pero muchas más
han sido las alegrías que el sistema nos ha brindado”*

Padre Roberto Polain

No se puede olvidar que la finalidad mayor de la educación es, en último término, educar para la felicidad, previene el Padre Polain en las últimas páginas de *Educación para la libertad* (104). Y la felicidad se consigue descubriendo el propio lugar en el tren de la vida. Toda la orientación formativa devendrá en entregar herramientas para comprender el sentido de la libertad para la persona, y, con ello, el sentido del riesgo y de la empresa, en perspectiva de descubrir la propia agencia en el mundo, la capacidad de generar acción y dirección en una sociedad que cambia constantemente, a una velocidad vertiginosa.

Esta mirada sobre el sentido formativo deriva de una comprensión mayor e integral del significado de la vida que tiene el Padre Polain. Su visión trascendente del ser humano y el proceso vital, entendida a la luz del cristianismo y la lectura del Evangelio, se concretiza en una vocación pedagógica que se enfoca en aspectos esenciales para el ser humano y su desarrollo en comunidad, quitándole centralidad a aquellas cuestiones que se consideran accesorias. Lo esencial será concebir una comunidad de personas libres, justa y solidaria, que avance hacia la comprensión del universo, lo ordene y le dé un sentido, con el propósito de alcanzar la felicidad, construyendo el Reino de Dios. En tal perspectiva, lo accesorio será todo aquello que desvíe la atención de estos objetivos esenciales; lo que se traduce, en el plano educativo, en metodologías, prácticas pedagógicas y selección y organización de contenidos, que se desconectan de la realidad concreta, que tienden hacia el individualismo, el egoísmo, y que convierten a la escuela en un agente de destrucción o ruptura, que impide el desarrollo armonioso de la sociedad.

Decíamos, a la sazón del sacerdote belga, que cada individuo debía encontrar su propio lugar en el tren de la vida, es decir, el espacio que le corresponde. Creemos, bien, que aquella afirmación metafórica conlleva dos partes distintas que debemos desarrollar: primero, un lugar específico, un espacio físico y psicológico -estático o dinámico- en el cual el sujeto pueda situarse para desarrollar su vida; y, segundo, el tren de la vida misma, uso metafórico que utiliza para referirse a la sociedad, al gran constructo social, dinámico y complejo, en que el sujeto está inmerso. Polain, entonces, realiza un doble trabajo en su texto, describiendo el rol que debiese la escuela tener en la formación del sujeto, para que este logre encontrar su lugar propio, y, además, describe, capta, aquellos signos de los tiempos que son indispensables de leer para educar a un sujeto inserto en el mundo y la realidad concreta.

Sin duda, hoy la sociedad se mueve a ritmos acelerados. Desde que los seres humanos existen sobre este planeta, han tenido la posibilidad – o la capacidad – de ir generando nuevos artefactos que le ayudaron en su desarrollo como humanidad y en su estructuración como sociedad. Así, el uso y el control del fuego, la invención de la rueda y el trabajo de armas de caza y herramientas, favorecieron de una u otra manera el crecimiento de la población. Las tecnologías, desde cierto punto de vista, facilitaron el movimiento y la expansión. Se levantaron las primeras civilizaciones, y de allí en más, la invención de nuevas tecnologías fue acelerando los procesos de expansión económica y, en todo sentido, los cambios sucedieron cada vez más rápido.

La tecnología se convirtió en sinónimo de movimiento. La tecnología se convirtió en sinónimo de aceleración histórica.

Hoy la época avanza vertiginosamente, y la técnica predomina en casi todos los ámbitos de la vida humana. Polain, sobre este punto, advierte que los seres humanos corremos el riesgo de creernos poseedores de la verdad absoluta, cuando pareciera que las tecnologías dominan nuestras vidas cada día

más. Será necesario, por lo tanto, que el foco esté puesto en la construcción de sujetos activos y solidarios, más que pasivos y ensimismados, pues una de las consecuencias que trae aparejada la globalización es que cada acto repercute en un sinnúmero de personas a lo largo del globo, directa o indirectamente, y el ser humano está llamado a conducir responsablemente la dirección del tren llamado humanidad. En tal sentido, es importante que la persona racionalice y sea consciente de las posibilidades que tiene, y mida las consecuencias de lo que genera. Polain denuncia que “el ciudadano moderno tiende a ser cada vez más pasivo en una sociedad burocratizada, renunciando fácilmente su libertad para acogerse a la seguridad. Así, deja fácilmente que otros piensen en lugar suyo” (53). Una resignificación del rol de la escuela acá es capital.

Polain entiende, acertadamente, a nuestro modo de ver, que la escuela debiese ser el justo equilibrio entre una institución que conserva la sabiduría acumulada de la humanidad, una suerte de reservorio de los aprendizajes y saberes históricamente adquiridos, y un espacio formativo que permita al sujeto ser él mismo y conocer su interioridad. Esto, como ejercicio básico primordial, propendiendo a la generación de su propia identidad como individuo, además de dar espacio a la construcción de una subcultura generacional, una idiosincrasia propia, sana e inherente a cada generación de adolescentes y jóvenes, que necesitan explorar y descubrir sus propias capacidades para avanzar, bien constituidos, hacia siguientes etapas de la vida.

La centralidad de la escuela, por tanto, debe girar en torno al muchacho y sus necesidades particulares.

3.2 “Centralidad en el muchacho”

*“que los quince años
os impulse a vencer”*

Germán Aburto

Creemos firmemente que el sujeto debe ser educado para convivir en una sociedad de personas, no en una sociedad de números y economías. Creemos que la educación emocional y afectiva es fundamental al momento de constituirse como ser humano, cuestión que el currículum actual no presenta, y que no parece fácil de implementar en la estructura de escuela que conocemos hoy.

Roberto Polain, pensando en una sociedad de personas libres, no dominadas por la materialidad, sino con perspectiva de generar una comunidad auténticamente humana, es que centró su atención en el individuo mismo. Lo que, en un primer acercamiento, podría parecer contradictorio con la idea de una comunidad activa y solidaria, cobra sentido al pensar la pedagogía como un proceso formativo activo, donde el niño, adolescente o joven, tiene algo que decir. En palabras de Enrique Arrieta, educador por tres décadas del colegio Notre Dame, el Padre Polain instauró en su accionar una “educación paidocéntrica” (Biggs, 60), donde el centro era el niño, rodeado de una comunidad que dibujaba márgenes e imponía ciertas reglas básicas, pero que atendía, predominantemente, las necesidades y preocupaciones de los educandos. Como menciona un exrector del Notre Dame, Germán Aburto, en el prólogo a una de las reimpressiones de *Educación para la libertad*, “la idea es ni verticalismos impositivos

ni horizontalismos demagógicos en la relación profesor-alumno, sino que la bisectriz que surge del ángulo formado, como una aguja oscilante, que se acerca al muchacho para escucharlo y comprenderlo y se verticaliza para guiarle y exigirle” (Educar para la libertad, 13).

Se trata de conjugar las aspiraciones del sujeto con imperativos pedagógicos elementales.

Creemos que la cuestión central es que el niño se sienta persona, y que no basta que el resto de la comunidad educativa lo vea como un niño en construcción, rumbo a la comunidad de personas adultas, sino que sea tratado como una persona plena de dignidad, al igual que el mundo adulto, para que el educando pueda realmente sacar a relucir todo su potencial. Hay que tomar en serio a los niños y jóvenes para poder hablar y reflexionar en serio con ellos.

En su pedagogía, el sacerdote pregona la entrega de una responsabilidad progresiva y acorde a la etapa de cada estudiante, de acuerdo a su proceso de desarrollo psíquico, para que sea el mismo sujeto quien se convierta en el propio agente de su formación y del espacio educativo en el que se desenvuelve. Se utilizará el concepto de evolución armoniosa para señalar aquel proceso de crecimiento que se quiere acompañar: una escuela que permita a cada sujeto ir a su ritmo, descubriendo sus posibilidades según edad e intereses, “una escuela con más libertad, con menos autoridad ficticia y con menos obligaciones sin sentido” (Roberto Polain, 26). Por ello, en un proyecto así, es que sobran los inspectores, las salas y muros pueden ser intervenidos por el estudiantado, y se interrumpen las clases durante una semana completa para realizar un campamento en primavera, como ocurriera - y sigue ocurriendo - en el colegio Notre Dame, a 70 años de su fundación.

La cuestión es que cada persona en formación logre desarrollar la confianza para su autodeterminación, durante el transcurso de su vida escolar, pero también a posteriori, para dirigir su propio futuro, o al momento de liderar o aportar en la conducción de la sociedad y sus cambios. Aquello partirá de lo más elemental, que es dejar a los niños jugar libremente, y luego, poco a poco, se les irá otorgando responsabilidades para que las administren, con el espacio adecuado, sí, para que puedan desarrollar una cultura propia a su edad.

Sucede hoy, que las etapas de adolescencia y primera juventud – al no producir económicamente - son consideradas inútiles para la sociedad, y por ende, se les mantiene en roles pasivos y bajo rígidas obligaciones sin sentido, para que se adapten y amolden a las reglas del mundo adulto, creemos, sin un mayor proceso de reflexión y asimilación. De esta manera, se ha ido generando una suerte de lucha generacional desde los adolescentes y jóvenes hacia los grupos mayores, en rechazo al control que los oprime, dirá Polain. Para remediar aquello, la solución que encuentra el colegio es darle el espacio para que vivan una aventura correspondiente a su edad, con las responsabilidades adecuadas, aprendiendo a manejarlas desde la independencia adquirida, y así desplegar sus capacidades, sentirse útiles, y, por sobre todo, lograr crear una verdadera cultura juvenil de la cual el sujeto haya sido parte en su construcción, generando identidad propia.

Hoy, dirá Polain, la globalización, los medios masivos de comunicación, y la tendencia de las nuevas generaciones adultas a evadir sus responsabilidades, ha generado que se homogeneicen las modas, los centros de interés, el pensamiento y los sistemas de valores, por lo que vivimos ante la ausencia de identidad real y cultura propia del individuo, pues consumimos y replicamos identidades creadas por otras personas, en otros puntos de globo (Polain, 58-59).

Por último, creemos importante que podamos dedicar unas palabras a la formación de una identidad propia, pues esta permite la afirmación en la sociedad, en el mundo, y poder formarse y desplegar las propias ideas, tus requerimientos y actividades. Una persona con una identidad construida logra darse a conocer y entender, pero, a la vez, se va incorporando con mayor rapidez al mundo adulto, sin grandes complicaciones o traumas, porque comprende su propia posición y descubre el rol que debe ocupar en una estructura tan compleja como es la sociedad humana, que entrega grandes responsabilidades a la adultez.

Según el sacerdote, los métodos para conquistar dichos objetivos humanistas en torno a la generación de cultura, en busca de identidades propias y responsabilidades, serán la vida en comunidad y en la tropa scout, la expresión, la empresa y la aventura, lo que se debiera replicar en todo ámbito del colegio. La escuela como un espacio que se transforma en una genuina comunidad humana.

3.3. “Una comunidad humana”

*“El conocer y el saber son relaciones interpersonales,
son modos de convivir”*

Humberto Maturana y Ximena Dávila

Una cuestión importante de comprender en el pensamiento educativo y pedagógico del Padre Polain es la visión de conjunto que guarda con respecto al proceso de formación del ser humano. Dicha visión comprende el proceso como un todo integrado, en el que el ser humano se desenvuelve en una comunidad que lo acoge y permite su desarrollo, en el que los conocimientos se relacionan directamente con la realidad circundante y los aprendizajes responden a distintos momentos de la vida. Así, los sujetos que están directamente presentes en el proceso educativo del individuo serán tanto los profesores y demás alumnos, como los padres, madres y apoderados, el equipo de auxiliares y el rector del centro educacional. Por lo demás, los conocimientos no serán solamente aquellos que se presenten en las aulas, sino que aquellos que se aprenden y generan colectivamente en procesos creativos, en excursiones, paseos y campamentos, conjugándose en el patio de recreos, las misas comunitarias y los mismos hogares de los estudiantes.

Dos conceptos clave que nos sirven para comprender cómo aquello se puede llevar a cabo, son los conceptos de *Espíritu* y *Singularidad*.

El sacerdote plantea que “parece necesario romper esta unidad ficticia que se ha creado (el sistema de imposiciones de la escuela moderna) y aceptar que cada colegio, cada comunidad escolar con sus muros, su barrio, sus alumnos, profesores y padres, tengan sus objetivos, sus caminos, sus opciones” (Roberto Polain, 50). Es decir, permitir a la comunidad de cada colegio darse una forma y un contenido propios, manifestarse como singularidad, fruto de la conjugación de experiencias e individuos dinámicos que actúan, se modifican y aprenden mediante la interacción con otros y con su medio. Aquello, creemos nosotros, va moldeando una forma de ser colectivo, que se traduce en una mística particular, un espíritu comunitario que pertenece únicamente a aquel grupo humano y a aquello

que se asocie con dicho grupo. Tal espíritu se relaciona con formas de actuar, de convivir, de comunicar, y se debe alimentar y trabajar constantemente.

Pocos meses antes de morir, el belga sostiene en una entrevista que “lo básico es transformar el colegio en una casa, donde el chiquillo pueda vivir y crecer sin filas ni falsas disciplinas. Yo creo que una casa que siempre está encerada y ordenada es una casa en que el chiquillo no puede vivir” (Biggs, 110). Si hacemos el nexo de esta cita con lo que exponíamos más arriba, vamos a descubrir que una comunidad debe convertirse en una familia, que el proceso educativo se convierta en una suma de acontecimientos humanos en que prime la naturalidad y la comodidad, más allá de ciertos órdenes impuestos que escapan a la complejidad humana. Y como corolario de aquello, de concebir un colegio como un espacio plenamente humano, es que brotan la amistad, la confianza y la libertad, como una tríada indispensable de valores cristianos que vitalizan el proyecto colectivo, que dan carne al espíritu del cual hablábamos.

El sistema de confianza que se va generando “no es más que la Fe del colegio en las posibilidades del muchacho, y la Fe del muchacho en la bondad del Colegio. El niño cree en su Colegio, el Colegio cree en el niño. El muchacho cree en la autoridad, pese a sus defectos, y la desea. El Colegio cree en la libertad, pese a sus riesgos, y la práctica” (Educar para la libertad, 85). De esta forma, cada sujeto tiene un espacio, y ese espacio le confiere una responsabilidad que debe atender. El rector será el encargado de comandar y administrar todos los problemas humanos y sociales que surjan en esta comunidad de personas y el líder de un verdadero equipo de educadores. Los alumnos deben jugar, estudiar, comprometerse y responsabilizarse, haciendo buen uso de su independencia y libertad. Los profesores, quienes están en constante proceso de aprendizaje en su relación con los alumnos, no solamente se deberán aplicar con sus pupilos, sino que centrarse en los adultos, también, con el fin de unificar la comunidad. Y los apoderados, en constante aprendizaje en su rol de padres, madres y miembros de una comunidad mayor, tienen por misión llevar al hogar el sistema de confianza y libertad, para maximizar las potencialidades del alumno. Equipo de auxiliares incluido, todos tendrán el deber de llevar adelante el proyecto educacional, el colegio en pastoral, los talleres deportivos y los campamentos⁴.

Ahora bien, es importante dejar constancia de que la conformación de una comunidad compacta y humana no es netamente un anhelo del autor por construir un espacio familiar, sino que, además, casi primordialmente, cumple dos funciones de gran relevancia para la formación integral del estudiante.

Primero que todo, se necesita el rol fundamental del adulto – tanto padres como profesores – para la autoafirmación del sujeto y su identidad. Primero el niño, luego el preadolescente, y finalmente el adolescente, requieren esa imagen y figura adulta para orientarlos hacia la madurez, siempre con respeto. “El niño quiere llegar a ser el adulto que admira... y no creemos que haya que simplificarle todo y tratar de convertir el trabajo, a veces duro, en un juego” (71). No se puede, diremos, dejar al arbitrio del niño todo el proceso educativo, debe haber adultos ejemplo, imágenes dignas de imitar, y personas mayores entregando los valores y tradiciones del colectivo al que se pertenece. Así, acompañar certeramente el aprendizaje.

4 En el Colegio Notre Dame encontraremos varios ejemplos cotidianos de una comunidad que concibe unificadamente los proyectos. Por ejemplo, durante los años setenta del siglo XX se logró destacar en atletismo y salto con garrocha, siendo las colchonetas de entrenamiento confeccionadas a mano por las madres del colegio. O las obras de teatro de creación colectiva, en la que los actores solían ser alumnos, pero más de una vez algún padre se robó algún papel secundario para subir a las tablas.

Y la segunda función de la vida en comunidad es cumplir un rol en la forja del temple y carácter del sujeto, ya que “el contacto con los demás y la satisfacción de sentirse parte de un grupo tiene su precio; exige que se renuncie a muchas pequeñas libertades individuales y que se acepten plenamente las restricciones que impone cualquier colaboración”, y esto es porque, a juicio del autor, una persona en formación debe “descubrir el difícil camino que va desde una disciplina exterior, donde otros deciden de todo, a la autodisciplina que exige la vida en grupo” (Educar para la libertad, 26).

Pero, finalmente, el teatro perfecto no está completado sin la escenografía adecuada, precisa. Roberto Polain y el grupo de estudiantes pioneros, los primeros años de la década de 1950, escogieron una estructura material que permitiera desarrollar el sueño de la comunidad y la aventura de lo embrujado, la mística de lo inefable. Fundamental era poder encontrar un local que escapara a la clásica arquitectura escolar, muchas veces estructurada según el antivalor del panóptico moderno; y así fue como se llegó a un pequeño e ideal castillo con fama de estar embrujado, que funcionaría los primeros lustros como un internado. Así se conseguiría generar un espíritu único, pero, además, transmitir significados con la singularidad del espacio. “Los edificios parecen nivelar las edades... Los muros deben responder a las necesidades de una verdadera educación” (Educar para la libertad, 44).

Además, por la misma razón, lo ideal es separar los espacios significativamente, con el objetivo de marcar los cambios para el estudiante. No son catorce años de escolaridad en el mismo espacio, sino que el urbanismo cuenta, la disposición y el diseño entrega mensajes. “El ideal es que el joven se dé cuenta, al entrar en “su casa”, que ya no se le considera como niño, para que haya poca probabilidad de que siga portándose como tal. La irresponsabilidad de muchos de nuestros alumnos se debe, en gran parte, al hecho de que la misma estructura material de su escuela no les da conciencia de que van creciendo y madurando” (Educar para la libertad, 45).

He ahí la importancia, en todo su esplendor, del factor humano, y cómo este se toma en cuenta en todas las perspectivas de la formación de la persona.

3.4 “El factor humano y las metodologías liberadoras”

*“Por suerte, en nuestro colegio, la arquitectura no impuso la pedagogía,
y la técnica no primó sobre el hombre”*

Padre Roberto Polain

Las sociedades van cambiando, son dinámicas, y se debe a que los individuos que las constituyen también lo son. Como hemos dicho antes, a medida pasan los años, se vuelve más vertiginosa la velocidad de la época en que vivimos; hay mayores avances tecnológicos, progreso, mayor producción, lo que repercute en nuestros modos de vida, nuestros comportamientos y la forma en que nos relacionamos. Todo se va modificando, y pareciera ser – o así lo intuimos – que realmente precisamos aquella capacidad de ser, estar, compartir con otras personas, potenciándonos de buena manera, adaptándonos al cambio constante que el presente siglo XXI nos lega. El ser humano y la civilización seguirán existiendo, y se requieren hombres y mujeres que puedan manejarse en un mundo dinámico que crece a ritmos acelerados.

Nuestro mundo siempre cambió, se mantuvo en movimiento siempre, pero ahora nos estamos dando cuenta de que las últimas décadas nos generamos una falsa certeza sobre la inercia inherente a la sociedad. Y pareciera que al galope nos tenemos que subir al carro de la prontitud, la urgencia y la transformación.

Así es, el sistema no es intocable. Y tampoco lo es el sistema educacional moderno, que pareciera haberse quedado congelado en siglos pasados, transmitiendo los mismos mensajes y conocimientos de otras épocas.

Un sistema de educación que piense de manera integral estas cuestiones, y aquí entronco con algunas ideas de Polain, “se acomoda mal con los programas actuales que se orientan hacia la eficacia y la especialización... No podemos ceder frente a los expertos y los especialistas que buscan sólo la eficacia y el crecimiento económico; debemos conservar en nuestra educación la visión de conjunto, síntesis que es una necesidad para nuestra juventud y para nuestro tiempo” (23). El sacerdote sostendrá que lo enseñado, los contenidos, se diseñan y se parcelan según una visión economicista del problema, soslayando que los aprendizajes provienen de la experiencia misma de cada sujeto, en línea similar a lo planteado por Dewey, Piaget y Rogers. Entonces, lo que hace Polain a este respecto, no es modificar los contenidos ni la estructuración seccionada del conocimiento entregado, sino que amplía, agregando elementos, escenarios y posibilidades al proceso de construcción del aprendizaje, en el que los educandos generen desde sus propias habilidades, inquietudes y actividades, conocimientos prácticos, útiles y significativos.

“No se conquistan la libertad y la confianza con experiencias controladas y evaluadas con una programación detallada y resultados científicamente comprobados... Querían ver cambios en programas, pero a nosotros nos parecía mucho más importante cambiar el ambiente, el espíritu, el cuadro... Modificar los sacrosantos programas nos habría acarreado muchas dificultades y controles e impedido la realización de otras cosas que estimamos más vitales”

(Educar para la libertad, 22).

A los programas tradicionales, a sus contenidos y materias, se le agregarán aprendizajes adquiridos mediante otros métodos, fuera del aula. Ya que no son solamente los programas, sino también las formas, el método: contenidos y continentes. En este sentido, los continentes también transmiten contenidos por sí mismos. La fórmula de Roberto Polain incluía metodologías poco convencionales a la escuela tradicional, que dejaban enseñanzas y aprendizajes, más allá de un conocimiento o saber documentado que se pudiese vehiculizar a través de tal o cual metodología específica. Serán carriles diferentes, hasta cierto punto. Como se preguntará el sacerdote, “estas realizaciones de tropas scouts, de grupos de teatro, academias, centros de deportes, ¿han sido llevadas a cabo gracias a la escuela o a pesar del sistema escolar?” (Educar para la libertad, 43).

El teatro – equipo de expresión del colegio – se vivirá como un arte liberador de las capacidades creativas, con creaciones colectivas que surgen de las propias inquietudes o deseos adolescentes. Será un largo proceso de creación en equipo, escritura, confección de escenografía y vestimenta, para culminar con giras estivales por distintos puntos del país. El teatro como experiencia de compañerismo y trabajo mancomunado; más allá del arte por el arte, el arte por la formación integral del alumno. De

similar forma sucederá con el coro y el canto, relevando aspectos importantes de tales actividades, transformándolos en experiencias cautivadoras y significativas, de trabajo colectivo y largas horas de disciplina. A tal punto se imbricaba el canto que muchas veces las obras de teatro eran musicales, y un profesor podía encontrar en un instrumento musical el mejor compañero para hacer todas sus clases de idiomas, animando y captando la atención de cada estudiante (Biggs, 61). La idea es que la comunidad viva en conjunto los procesos, inclusive en el atletismo, en el que una competencia interescolar tenía a todo el colegio participando: unos pocos compitiendo y el resto alentando en la barra.

Aquellas metodologías fuera de lo común, en cuanto fórmulas de enseñanza y aprendizaje significativo, no podían ser evaluadas con una escala calificatoria alfanumérica, restringiendo a los dígitos aprobatorios una riqueza mucho más amplia. Debía generarse un proceso evaluativo distinto, que pudiese dar cuenta del fenómeno humano del aprendizaje integral y la formación. Para ello, tras la máxima de que “cada uno debe ser evaluado según sus capacidades” (Educar para la libertad, 24), y con la convicción de que “deberíamos poder evaluar las facultades, las posibilidades y aptitudes para adquirir nuevos conocimientos... considerando la aplicación del saber en situaciones concretas” (50), es que nace el sistema de Papeletas. Este método evaluativo consistirá en la entrega quincenal de un pequeño informe, elaborado por el profesor jefe, en diálogo con el cuerpo docente, que evalúa el desempeño valórico y personal de cada alumno, con una escala de colores, comentarios del profesor jefe, y petición de adquirir compromisos de superación personal por parte del alumno, con apoyo de los padres⁵. De esta manera, se hará justicia a los métodos de aprendizaje, con una evaluación permanente, que no se basa en la competencia entre pares, sino, más bien, en una superación personal constante.

3.4.1. El mundo del scoutismo

Decidimos configurar un apartado especial para el mundo scout, que entraremos a desarrollar ahora, con la intención de relevar algunos aspectos que cobraron gran importancia en el Colegio Notre Dame, y que se recogieron en la exposición sobre el scoutismo que hicimos al comienzo del trabajo, pero que toman un cariz distinto cuando Polain deposita su experiencia personal para diseminarlo en el conjunto de la vida escolar, maximizando su potencial.

El sacerdote belga rescata del scoutismo tres ideas fuerza que Baden-Powell sugerirá esenciales para la formación del adolescente: la cogestión, la autoeducación y la educación por la acción, que se corresponden con el trabajo en grupos pequeños, la responsabilidad y la confianza, respectivamente. Estos elementos, con Polain, exceden la propuesta inicial de su desarrollo dentro del grupo scout y los campamentos, para diseminarse en el resto de las actividades escolares, dándole un sello humano al modelo formativo e imprimiendo en los estudiantes un espíritu creativo, un quehacer solidario y dando énfasis al desarrollo de la personalidad de los educandos.

Frente a un sistema que privilegia la promoción individual, donde primará el más fuerte, el scoutismo propone un sistema grupal de apoyo mutuo y servicio a los demás – ya sean pares, menores,

⁵ Este sistema evaluativo, de la completitud de la persona, incluirá para la enseñanza media los aspectos de lealtad, fraternidad, carácter, cortesía, orden, aplicación y conducta. Cada uno se evaluará con los calificativos muy bueno, regular, deficiente, y así. La escala, que corresponde al papel impreso del informe, comenzará en dorado para la excelencia, rosado cuando se está muy bien, el azul corresponderá a lo bueno, amarilla a lo regular, verde será deficiente y blanco será malo. Ciertos elementos, colores y conceptos variarán según el ciclo y edad del niño, pero lo fundamental ya mencionado se mantendrá todo el proceso de escolaridad.

mayores -. Esto, también, se trabajará por etapas, entendiendo que los aprendizajes vitales deben conseguirse paulatinamente, desde un primer comienzo.

Luego de unos pocos años en párvulo y básica, a los 8 años el niño ya está en la “madurez de la infancia”, es más estable física, mental y socialmente, y desaparece el egocentrismo para dar paso a una socialización rápida, preocupándose del mundo. Es la etapa ideal del aprendizaje, donde percepción, imagen o idea provocan una reacción inmediata: acción, exploración, experimentación. (Educar para la libertad, 69). Entonces, la manada de lobatos se erigirá como el primer paso y entrada al mundo scout. Aquí, se ampliarán los horizontes en un triple sentido. Primero, el limitado mundo familiar se expandirá a la manada, la familia de lobos. En segundo lugar, la individualidad dará paso a la colectividad, siendo acogido por una seisena de compañeros, con quienes emprenderá sus primeras aventuras y tomará sus primeras decisiones en equipo. Y, finalmente, las imágenes adultas que tenía de referentes comenzarán a variar, tomando su lugar el equipo animador de animales de la selva, imágenes simbólicas que apoyan sus campamentos y reuniones, representando distintos valores, cada cual con su distintivo; de a poco, el niño se irá despegando de las figuras paternas para anhelar convertirse en alguno de sus nuevos héroes simbólicos⁶.

Al finalizar dicha etapa, se está en condiciones de hacer la entrada al mundo de la tropa scout, que emulará la organización previa con patrullas de ocho integrantes, en los cuales se desarrollará la vida en comunidad, la toma de decisiones y los aprendizajes.

En la adolescencia, cuando comienza la etapa scout, ocurre una desorientación generalizada por los cambios internos y externos. En la interioridad, se presentará una crisis de las ideas que se manifiesta en todos los planos, y físicamente llega la pubertad. El sujeto es contradictorio, ya que quiere afirmar su personalidad, pero teme singularizarse de su grupo, alejándose de la moda. Es una etapa subjetiva de descubrimiento de la personalidad; debe entonces experimentar lo más posible. Tiene mucho ímpetu y una agresividad natural por querer realizar cambios concretos (Educar para la libertad, 73-74).

Para estas necesidades específicas, el método scout provee algunas respuestas concretas, entregando primero la posibilidad de un tránsito no tan crítico entre la madurez infantil y el período de adolescencia, fomentando el trabajo en pequeños grupos que permitan el desarrollo amistoso de los quehaceres, descubriendo la autonomía entre pares. Al mismo tiempo, el ímpetu aventurero encontrará su escenario ideal en el contacto con la naturaleza.⁷

Y he aquí la genialidad de Roberto Polain, quien, no conforme con desarrollar el método con los estudiantes, genera una administración basada en grupos para el colegio que proyecta, con los concejos de patrulla, de tropa, de curso, como principales espacios de evaluación, autoevaluación,

6 El Movimiento Scout comienza en una primera etapa con la Manada de Lobatos, que se despliega ilusoriamente en el escenario selvático de El libro de las tierras vírgenes, escrito por Rudyard Kipling, en el cual un niño huérfano llamado Mowgli es adoptado por una manada de lobos salvajes. A lo largo de la historia, Mowgli conoce diversos animales de la selva, cada uno personificado con distintos rasgos humanos, como la serpiente mentirosa, el tigre malvado, el oso sabio, la pantera amistosa, entre otros.

A lo largo de los dos años de experiencia como lobato, se espera que el niño viva un viaje lleno de aventuras, aplacando el ímpetu infantil del juego, mientras se organiza con su seisena y encarna los distintos valores que se le presentan con las historias y vivencias.

7 Junto con ello, en el colegio Notre Dame se creará un año de transición entre la manada y la tropa, en el que la vida scout se vivirá en un año completo, pero solamente un curso, organizando todas las materias, actividades, y desde luego, la vida de campamento, en torno a las patrullas de la pequeña tropa Ranger.

retroalimentación y toma de decisiones concernientes a tal o cual materia. Por ello, se erige un inmenso mástil de 14 metros -heredado de la tradición scout- en el centro del patio, recordando que el espacio es lugar de encuentro y deliberación para la comunidad.

Por último, para finalizar, se debe hacer mención a una más de las genialidades de este educador, quien utilizará la ley y la promesa scout como un código para la comunidad Notre Dame, donde las máximas y el compromiso guiarían la vida de sus miembros, más allá de formalmente haber adquirido la promesa en un campamento o reunión de tropa. Es un código de honor, los diez mandamientos y la meta personal. Serán la medida mediante la cual recobrar valores que la sociedad ha olvidado. De esta manera, la educación moral será respirada todos los días y se imbricará en la vida de cada uno de los miembros de la comunidad familiar.

La educación valórica, como aspecto esencial para la formación integral de la persona, se trabajará no como imposición, sino como ideal, enarbolando una propuesta de largo aliento, con metas personales y colectivas, con vigencia para toda la vida. El ideal se pondrá en ejercicio y constante práctica, consciente e inconscientemente, desde los cuatro años, en la etapa prebásica, hasta alcanzar la adultez, en el último año de egreso. Desde ese preciso momento y en adelante, cada persona tendrá la responsabilidad de poner en práctica las armas forjadas durante el trayecto formativo. Para encontrar su lugar en el tren de la vida, tendrá que desplegar las velas del barco de la autonomía. Fue educado en libertad y confianza, para hacer buen uso de su libertad. Ahora le corresponderá emprender su propia aventura, escribir sus propias obras de teatro, formar parte de un nuevo coro, ganar sus propias carreras de atletismo, encontrar una nueva manada de lobos, formar su patrulla y encontrar una comunidad mayor; comprometerse personalmente con las diez leyes y jurar por la promesa que construirá un mundo cada vez más justo y solidario.

Conclusiones

Hoy la educación pareciera ser un término vaciado. Si observamos el panorama general, hoy es más una función mecánica que una misión humanista, se concibe más como una operación económica que un acto de entrega al género humano. Hoy se erige la educación en estado de sustantivo, como un monolito, una carga y un costo, que debe ser saldado para continuar con la progresión y modernización de la sociedad, siendo que debiese ser presentado como verbo, educar, como una acción que moviliza y dinamiza a los sujetos. Que los remueve interiormente para expandir sus posibilidades, intelectuales, expresivas, espirituales. Pues educar es crecer colectivamente, entregar la tradición adecuada y permitir liberación, acción e imaginación para los tiempos futuro.

A lo largo de estas páginas tuvimos la fortuna de conocer más de cerca y desentrañar una propuesta educativa que se reconoce más humanista, que alimentada desde el Espíritu y la perspectiva cristiana del hombre, piensa una alternativa a la educación pragmática y eficientista de la escuela moderna. Educar para la libertad nos mostró una mirada amplia de la formación humana, que comprendía mucho más que entrega de conocimientos explicitados en documentos y programas concretos.

El Padre Roberto Polain nos señala en su pedagogía y concepción de la formación del ser humano, ciertas cuestiones que son importantes recalcar.

La visión de la educación con una finalidad emancipadora, para la libertad, creemos que debiese ser el objetivo de todo proceso. Mientras el ser humano se cuestione y expanda su mente, pero a la vez sienta y vibre, se va a estar desarrollando en plena potencia, y en los márgenes que su individualidad permite o desea. Un gran acierto del Padre es concebir el proceso educativo como una aventura, lo que es al mismo tiempo magia, mística y espíritu, pues nos plantea desafíos como personas, el tesoro del día a día y el misterio del futuro inmediato y lejano. Y a nosotros, como educadores, nos plantea un desafío aún más profundo, complejo y bello, pues nos exige convertirnos en maestros comprometidos con cada una de las personas que tenemos a nuestro alrededor, a cada persona que educamos, para guiarlos en su propio proceso. Este desafío es equivalente a comprometernos con la incerteza, con el ser humano que es dinámico y es cambiante, es moldeado constantemente y es resiliente. Implica la entrega del maestro en su completitud, pues para educar para la libertad, la confianza debe ser nuestro estandarte, lo que implicará asumir errores humanos y enmendarlos con humildad, tomar caminos inciertos, posiblemente sinuosos, y jugarlos hasta el final, con paciencia.

Pero será necesario hacerlo de aquella manera, desde la humanidad de cada quien, pues en el mundo del Siglo XXI las certezas son cada vez más esquivas, y debemos educar sujetos fuertes emocionalmente, auténticos y veraces, que puedan soportar caídas, para continuar el tránsito de la vida, en busca de la felicidad personal y de la construcción de un mundo más solidario y más justo. Sería necesario poner atención a cada sujeto, con sus propias vivencias e inquietudes, donde el niño y el adolescente estén en el centro, para que la formación sea pertinente a cada persona individualmente, y así potenciar el colectivo.

Para todos esos objetivos, la idea del sacerdote es recuperar la idea de comunidad, y llevarla a los espacios educativos. El concepto eclesial de la familia humana universal tiene ese significado, donde el centro de toda acción evangelizadora – explícitamente o no – es el individuo en sí, pues para construir el Reino de Dios todos debemos estar involucrados. De ahí la noción de una realidad

solidaria, justa y centrada en valores comunitarios. Nuevamente nos desafía el Padre Polain, y no es ya individualmente, como en nuestra propia voluntad como educadores, sino que es un desafío que nos implica como parte de un cuerpo mayor, que nos obliga a desarrollarnos por y para un todo mayor; trascendencia de la persona, si lo vemos desde otro ángulo.

Para los maestros que queremos generar cambios, rupturas en los modos de concebir la educación, será inevitable este punto. El ser en el colectivo. Para generar cambios concretos no podremos pretender empujar solos la carreta, sino que necesitaremos de todos los trabajadores de la educación, padres y alumnos posibles. Lo esencial será formar un equipo desde donde levantar los cambios. Lo espiritual es inherente al ser humano, y rima con comunidad.

Y el último gran punto que propone Educar para la libertad es el de las formas. El de nuevas maneras de comprender la entrega de saberes, o , más bien, de construcción conjunta del aprendizaje y los conocimientos. No se puede servir vino nuevo en odres viejos. Hay que repensar los métodos de la escuela. No necesariamente se debe inventar la rueda, pero sí observar en la vida misma cómo nos formamos integralmente. Muchos espacios de juego, de esparcimiento, de trabajo concreto, nos entregan momentos de aprendizajes, mil y un aprendizajes, que pueden valer más que el contenido de un libro, pues se llevará a la práctica y dará resultados concretos, en vez de un conocimiento que quedará guardado en el baúl de los recuerdos de la memoria. Será la vida al aire libre, será el compañerismo, será el canto, la danza y la risa las escuelas de la vida, que deben conjugarse con aquellos contenidos matemáticos, químicos, históricos, dentro del aula.

Educar para la libertad significa superar ciertas barreras que encierran y que vuelven obsoleto el proceso de escolarización, educar para la libertad significa deposita la confianza en cada persona, incentivando u autonomía de pensamiento y acción, para que broten sus intereses y desde ahí construir castillos y palacios, aventuras educativas.

Educar para la libertad nos deja un sabor agradable en el paladar y en la memoria, es la fe de que una educación distinta es posible, y es la certidumbre de que el ser humano trae dentro suyo todas las capacidades necesarias para triunfar y ser feliz. Es la confianza, la libertad y la trascendencia. Es la síntesis de la tradición y el futuro.

Bibliografía

- Biggs, J. (2012). La propuesta pedagógica del P. Roberto Polain y la experiencia del colegio Notre Dame: formación de los valores del scoutismo como parte fundamental de un proyecto educativo. (Tesis de magister). Universidad Alberto Hurtado.
- Boetsch, A, y Mira, M.T. (1992). Roberto Polain, su aventura educar. Autoedición.
- Centro de exalumnos Notre Dame. (2 de julio de 2020). Roberto Polain. <http://www.exalumnosnotredame.cl/RobertoPolain>.
- Dewey, J. (1933). Cómo pensamos. Nueva exposición de la relación entre pensamiento reflexivo y proceso educativo. Paidós.
- Neill, A. S. (1994). El nuevo Summerhill. México. FCE.
- Polain Cartier, R. (1977). Educar para la libertad. Editorial universitaria.
- Wojnar, I. (2003). Maurice Debesse. (consultado el 16-7) Perspectivas, revista trimestral de educación comparada <http://www.ibe.unesco.org/sites/default/files/debesses.pdf>
- Yañez, O. (2 de julio de 2020). La federación de scouts católicos de Chile. <http://coleccion scout.blogspot.com/2011/08/la-federacion-de-scouts-catolicos-de.html>